

Sólo la muerte vino a darle tregua a su tarea de educador que no conoció el desmayo ni el desencanto. Don Claudio Rosales, figura eminente en la educación superior del Estado, fué uno de esos maestros cuya huella persistirá en quienes tuvieron el honor y la suerte de ser sus alumnos.

El año literario

Finaliza el año y en el transcurso de él, nuestra literatura se ha visto enriquecida, por una buena cantidad de libros que se hicieron notar por su alta calidad estética. Esto es doblemente satisfactorio, pues se puede observar que ya en nuestro país existe un público que sabe valorar el esfuerzo de sus escritores. Afortunadamente, ya pasó la época en que los libros se quedaban oscuramente arrinconados en un estante ante la indiferencia de la gente que los desconocía totalmente. Más que eso, que desconfiaba de su calidad. Ya no se oye decir, junto al mesón de una librería: ¡Pero, valdrá la pena comprar un libro chileno? Si son tan aburridos. . .

Los libros ahora se venden. No en proporciones fantásticas, porque aún no existe ese amor por guardar el libro. Por tenerlo a mano y abrirlo de vez en cuando, como si al recorrer de nuevo sus páginas, sintiéramos el placer de alternar con una vieja amistad. El libro se lee. Cinco de prestado por uno que lo compra. Y esto ya es mucho, y muy satisfactorio para la cultura chilena.

«Cuando yo era muchacho» de González Vera ha sido uno de los buenos éxitos editoriales del año. «Hijo de ladrón», la excelente novela de Manuel

Rojas, ha constituido la mejor venta de los últimos meses de 1951. Su autor con esta obra ha cimentado su prestigio y ha ensanchado en proporción enorme el círculo de sus lectores. «El Purgatorio», la hermosa novela de Gonzalo Drago, premiada por la Sociedad de Escritores, confirma las altas condiciones de narrador demostradas por Drago. Son páginas chilenas de auténtico sabor vernáculo. Otro tanto pudiera decirse de «La vida simplemente» de Oscar Castro. Es esa una novela saturada de poesía, de belleza interpretativa, pese al medio que describe, el arrabal sórdido y miserable. «Mónica Sanders» y «El mulato Riquelme», de Salvador Reyes y Fernando Santiván, son las últimas obras que han publicado dos avezados novelistas. La crítica les fué favorable, sin prodigar demasiados elogios. Magdalena Petit, la autora de «La Quintrala», ha publicado recientemente una novela titulada «Un hombre en el Universo» que según autorizadas críticas, es de gran originalidad.

Dos jóvenes autoras han debutado en estos días con dos hermosos libros: Teresa Hamel, con un volumen de cuentos titulado «El contramaestre» y Virginia Cox con «Desvelo impaciente», también cuentos de bello contenido emocional. Las dos se nos revelan con un acento nuevo, inusitado en la literatura femenina de nuestro país. Hablan en un lenguaje hasta ahora desconocido en la mujer chilena que traduce su vibración interna. Inician un nuevo camino más cerca de la realidad, sin alejarse del ensueño.

Es una nutrida cosecha que nos induce a pensar con más optimismo en el porvenir de nuestra literatura.